

ren una pipa. La tarde es cada momento más templada, simulando una de las repoadas tardes estivales. El sol, que desciende, dora la antigua mezquita de enfrente y la parra, deshojada, bajo la cual me siento. Nadie circula por la plaza. Apenas llega hasta mí un confuso rumor del Cuerno de Oro y de las embarcaciones... Hondo silencio se extiende por todo el contorno... Pasan minutos y minutos de espera. Nada indica la proximidad de la inmensa ciudad vecina... Experimento en estos instantes, la sensación del estío, de una agonizante tarde de verano, en cualquier aldehuela oriental... Y una calma profunda se derrama sobre mí.

Al fin vuelve el griego, seguido de una vieja vestida de negro, curtida, de duras facciones, que recuerdo al punto. Sólo una vez en mi vida, la había visto; pero estoy cierto de que es ella. Su aspecto es azorado, hurafío... ¡Con tal de que se acuerde!...

Evidentemente, siente temor de las personas desconocidas, y ante el interrogatorio a que deseo someterla en un lugar tan apartado. Tras una ceremoniosa reverencia se sienta delante de mí, al borde de un taburete, y me examina. Yo estoy sentado a

contraluz y ella me ve entre sombras, sobre un fondo soleado.

¡Oh, sí! ¡Vaya si es ella!... Acabo de sorprender la sonrisa, bondadosa, cándida, que ha iluminado momentáneamente su rostro apergaminado, y endurecido. Un mechón de sus cabellos, que se conservan aún negros como el ébano, se divisan por entre la tela de seda, negra igualmente, con que envuelve su cabeza como con una banda. Sus vestidos usados, pero limpios, están cortados a la europea; pero pasados de moda, con unos *biesés* de terciopelo negro. En mi país, en las aldeas del sur o de Auvernia, la viejas se visten así y ofrecen este mismo aspecto.

Sentada, rígida, en el banquillo, espera.

Comienzo a preguntarla dulcemente, tímidamente, en turco, teniendo sus respuestas.

—¿Achmet?... ¿Achmet?...—con la mirada hurafía aún.—

No. No se acuerda... ¡Ha tanta tiempo ya, de la historia que yo le cuento!... ¡Y ha tenido tanto en que pensar, y ha visto morir tantos jóvenes y tantos viejos!... Además: ¡hay tanto *Achmet* en Constantinopla!...—  
Después,—añade para excusarse—uno tras otro, he perdido a mi marido; a mis hijos...

y desde entonces mi cabeza está alelada, mi memoria es cosa perdida...»

¿Cómo disipar la noche que se ha extendido sobre esta inteligencia?

¿Cómo me las arreglo?... Ella, tiene temor, aún; más que nada, es temor de ser interrogada para cualquier asunto judicial; miedo, no sé de qué...

—No temas nada de nosotros, buena mujer, —le digo.—Yo busco este Achmet, porque lo quiero de veras; no por otra cosa. Procura acordarte de algo... Desearía volver a verlo... Ayúdame. Ya ves que te lo suplico... Vamos: busca, busca... Achmet, Mihran Achmet... Yo me acuerdo muy bien de ti y te he reconocido en seguida. Estoy seguro de haber venido aquí, con él, a hablar contigo, diez años ha, cuando tu habitabas en este barrio... Y hasta le he escrito, a tu casa, los tres primeros años después de mi marcha... Tu lo has cuidado... ¿no te acuerdas, tampoco, de cuando estaba enfermo y herido?...

Una ráfaga parece surcar su mente. Se inclina para mirarme más de cerca; sus ojos se abren, se dilatan, penetran hasta el fondo de los míos...—¿Cómo te llamas tú?—exclama con brusquedad.

—¡Lotí!

—¡Lotí!... ¡Ah, Lotí!... ¡Oh, Achmet! ¡Mihram-Acmet! ¡Y tanto, como me acuerdo de Mihram-Achmet!

Tras un silencio de algunos segundos, durante el cuál se entenebreció su rostro súbitamente, agregó con dureza:

—¡Eulu! ¡Eulú! *Yedi seneh dan, tekok dona ouldi* (¡Muerto! ¡Muerto!... ¡Siete años ha ya!...) El principio de esta contestación, el tono cruel, la repetición irritada de esta primera palabra de ecos siniestros, algo, absolutamente semejante a esto, me lo había imaginado yo, tiempo atrás, con referencia a Aziyadé... ¡Eulú! ¡Eulú!... Temía yo que para anunciarme su muerte, se me perseguiría, encarnizadamente, con esta palabra.

Escuché, casi impasible, la frase fúnebre, olvidándome de Achmet, para pensar sóla-mente, que el hilo conductor era cada vez más difícil de recuperar; que no me quedaba otra esperanza que su hermana Eriknaz, y que era preciso, a cualquier precio, encontrarla esta misma tarde.

La vieja, en tanto, continuaba:—Su última noche, te estuvo llamando incesantemente: ¡Lotí! ¡Lotí! ¡Lotí!... ¡pues fuiste tú, tú, la causa de su muerte!

Aún esto había previsto yo. Yo se perfec-

tamente que no; que él, ha debido morir de su agonía, de aparecer sospechoso de algún maleficio mortal. Lo que me sorprende únicamente es sentirme apenas conmovido, cual si en este momento tuviese el corazón cerrado; o lleno de otra cosa que no fuese él.

—Sabes dónde está su sepultura?—dije, sencillamente.—Así tú me llevarás a ella, mañana. Pero ahora es a Eriknaz, su hermana, a quien yo necesito; dime dónde vive, costa de Asia, por la parte de Ismir...

—¿Eriknaz? ¿De quién, sino de ella, te estoy hablando? Seis meses después de su hermano, también ella fué encerrada en un ataúd. En cuanto a su hija Alemshah, se casó, y se fué a vivir lejos de aquí, allá a la costa de Asia, por la parte de Ismir...

Y Anaktar-Chiraz hizo un ademán, cual si sacudiese el polvo, para afirmar mejor que todo se ha acabado en este mundo. Mesa limpia. No queda ya nada de todo ello.

El hilo conductor con que ya había contado, se ha roto. Se ha roto y se ha desvanecido bajo tierra, años ha, con Eriknaz. En cuanto a Aziyadé, es inútil preguntar por ella a esta vieja que me habla. Ni siguiera conoció su existencia... «Es una buena y santa mujer, decía Achmet; pero no es preciso con-

fiarle nuestros secretos. No sabría guardarlos.» Y todo mi plan se derrumba; y el día se acaba; y yo no sé ya qué hacer...

Ahora es Anaktar-Chiraz la que me abruma a preguntas, muy dulcificada ya, pues comprende que sufro. ¿Cómo es que he desaparecido, durante diez años, sin contestar, siquiera, las cartas de Achmet, agonizante?... ¿Qué es lo que me trae hoy aquí?—¿Qué es lo que yo pretendo saber de Eriknaz.

No contesto ya, aplastado, pensativo, Más, de pronto, me acuerdo de otra hermana de Achmet, ¿Cómo, pues, ha surgido ella en mi memoria? Verdad es que una especie de invisibilidad rodeaba a esta criatura, bastante extravagante. Sólo una vez, y en la obscuridad, la había entrevisto apenas. Ellos mismos, Eriknaz y Achmet no la veían casi nunca, y bajaban la voz al hablar de ella. Era una hermana vieja ya; una anciana que les inspiraba miedo y veneración, llamándola muy bajito «nuestra madre». Pero ella conocía la existencia de Aziyadé y su dominio, y conocía también a Kadidja, la negra. Ciertamente que no comprendo como no he pensado en esto antes de ahora.

Y, temblando, pregunto:

—¿Te acuerdas de que Achmet tenía

una hermana vieja, que vivía sola, allá hacia Aguas-Dulces?...

Afortunadamente, se acordaba; y hasta creía que esta hermana anciana, vivía aún, allá, en su misma casa. Más se trata de una mujer singular que ha padecido grandes desventuras y que vive en el mayor aislamiento. Siete años ha, desde el entierro, no ha vuelto a verla.

—¡Oh! ¡Aprisa!—digo.—Vas a llevarme allá, ¡Te lo suplico!

Objeta que es muy tarde: que el sol se pone; que su enferma la espera... ¿Por qué no mañana, tempranito? ¡Está tan lejos!... Y, después de todo, ¿sabemos si quiera si nos recibirá? ¡No es seguro...

Se lo ruego, se lo suplico—pues no me atrevo a ofrecerte dinero, aunque parece pobre.—La suplico y veo que sus ojos, poco a poco, se enternecen. Pues bien, sí. Me acompañará esta tarde. Transcurre el tiempo necesario para advertir a la enferma a quien ella cuida; vuelve, y partimos juntos.

Silencio al griego, que ha adoptado un aspecto demasiado curioso, demasiado husmeador, y quedo solo, siguiendo con la vista la negra ropa de la anciana, que se aleja.

Unos minutos de espera y de silencio, esperando su vuelta. Encima de mi, la parra

deshojada adquiere más y más, las tintas de oro rojizo, y un matiz de oro se extiende también, sobre la mezquita de enfrente, sobre las ramas de los grandes cipreses, sobre todos los objetos. La tranquila tarde desciende sobre este pequeño barrio perdido, en el que la muerte de Achmet acaba de serme confirmada. Cuanto más lo pienso, más me persuado de que también Aziyadé está, como él, reposando en la tierra turca. Y en vez del desgarramiento horrible que hubiera sentido antes, sólo experimento una dulce melancolía, con algo, quizás, de apaciguamiento, al creerlos así, y un deseo de reunirme a ellos cuanto antes, en la paz que ellos disfrutaban. A estas impasibilidades del Islam que siento en torno mío, se une para arrullarme, el encanto tranquilo de esta tarde que muere. Y en este punto, mi sufrimiento se adormece en una resignación absoluta ante la muerte universal.

¡Oh! ¡Con qué indecible alegría, con qué emoción profunda y sin nombre, estrecharía entre mis brazos, a estos dos pobres pequeños que tanto me han amado; a quienes casi confundo ahora en una misma ternura, y que, no teniendo ya nada de terrestre, me son restituídos por un instante!

Vuelve la buena viejecita, dispuesta a conducirme a la casa de la hermana de Achmet, y de nuevo nos dirigimos hacia el mar, para tomar mi esquife y mi barquero, que nos conducirán al centro del Cuerno de Oro; a Pri-Pachá, cerca de Aguas Dulces.

Es necesario atravesar, bajando, los mismos barrios musulmanes de antes; que ahora están teñidos de rosa por los postreros rayos del sol; animados por la vida oriental de la tarde, y poblados de vestimentas de colores chillones.

En la Escala de Kaşsim-Pachá nuestro barquero nos espera confiado, tumbado sobre el esquife. Y, al declinar el día, comenzamos de nuevo a resbalar por las aguas del Cuerno de Oro, en sentido inverso al de nuestra primera excursión. En la orilla del Sur, la luz se extingue poco a poco, detrás de Estambul—encanto final del día.

El sol se pone cuando desembarcamos por la parte de allá de Pri-Pachá, en el apartado suburbio cercano a los grandes cementerios. Henos aquí, la vieja armenia y yo, caminando juntos, de prisa, bajo el crepúsculo, por un barrio que yo no conozco, por un pequeño barrio sombrío, armenio, de calles estrechas y tortuosas, de casas de

madera pintadas de obscuro o de rojo, enrejadas como mazmorras.

Anaktar-Chiraz se detiene ante una de estas moradas de misterioso aspecto y llama con el aldabón de hierro. Los golpes resuenan siniestramente en todas las tablas del viejo vecindario muerto.

Poco después la puerta se entreabre desconfiadamente, y en la hendedura sombría aparece un rostro espectral—que me hace estremecer—un rostro de cincuenta años, triste, marchito, enjuto; pero parecido al del pobrecito Achmet, con una de esas semejanzas que sorprenden hasta el espanto. Su hermana, evidentemente; pero tan parecida a él, con sus mismos rasgos, su misma expresión; sus mismos ojos, tal, como si volviese a verlo a él mismo, treinta años más viejo lanzándome una mirada de reproche, a través del tiempo y de la muerte.

También ella se asombra, vacila, dispuesta a cerrar su puerta, entreabierta apenas.

—¡Loti!—se apresura a decirle la vieja Anaktar, pronunciando este nombre apagadamente, como pudiera anunciarse la presencia de un fantasma.—¡Míralo: es Loti!... ¡Loti, que ha vuelto!

—¿Loti?... ¿Loti?...—repite la otra con temblores de voz.—¡Ah, Loti!—añade,

tras un silencio, con acento dolorido y amargo que me llega al corazón, mejor que pudiera hacerlo el más punzante de los reproches...

Háblanse, entre ellas, en turco, tática y apresuradamente diciéndose algo cuyo sentido se me escapa. Después me ruegan que suba y las sigo por una menguada escalera negra.

En el primer piso, en una habitación amueblada a estilo oriental; mas de aspecto sombrío y pobre, me invitan a sentarme en un diván mísero. Luego, la hermana de Achmet, se dispone a prepararme café—deber de hospitalidad— y en tanto que va y viene en torno a su hornillito, enjugando para mí sus tazas ordinarias de gente pobre, observo que gruesas lágrimas resbalan por sus mejillas.

¡Oh, Dios mío! ¡Cuán triste resulta esto, aquí, a la luz del crepúsculo, en esta pieza desnuda en la que esta mujer llora; cómo mi corazón se oprime; y cómo las palabras que yo quisiera pronunciar, se detienen y se apagan!

Entrambas a dos comprenden, las viejecitas, que yo he venido aquí para comunicarles o para interrogarlas sobre algo grave. Mas, ¿qué será ello? Yo no hablo...

Ellas esperan... Y el silencio se hace cada momento más pesado, en la noche, que avanza.

Temblando, me decido a decir:

—¿Te acuerdas tú bien de la *Señora Azi-yadé*, la damisela turca, a quien también tu hermano, quería tanto?... ¿No recuerdas? ...

Entonces, ella, deposita sus tazas y su mantelillo, como para quedar más libre, y comprendiendo que comienza el grave interrogatorio... Y mientras asiente, con la cabeza, sus manos se cruzan de un modo tal, que parecen decirme:

—¡Qué si me acuerdo!... ¿Cómo podría yo haber olvidado todo aquello?

Otro silencio aún, durante el cual siento en mis sienes repetidos golpecitos que las martillean—el ruido presuroso de las arterias que laten.—Y, por fin, con brusco acento un tanto ahogado, formulo la pregunta suprema:

—No ha muerto... ¿verdad?...

Premiosa al contestar, me mira, y sus tristes ojos hundidos, se revisten de un tinte de sorpresa, casi injuriosa... Y tras al-

gunos segundos de espera, poco a poco, voy comprendiendo que *sí*; que es que *sí*...

Me he convencido de ello, absolutamente, antes de que la vieja, con un tono de amarga reconvencción se decidiera a decir:

—¡Verdaderamente! ... Pero, ¿es que tú no lo sabías?

A media voz, miento:

—Sí, lo sé; lo sé...

Y después, con apagada voz, balbuciente como un niño, agrego:

—No es esto, no; no es esto lo que yo quería preguntarte... Yo deseaba suplicarte que me dijeres dónde la han enterrado...

Reina de nuevo el silencio, más profundo que antes. He mentido, por vergüenza de declarar mi ignorancia; de haber podido vivir en ella tantos años. Mas comprendo claramente que la anciana no me ha creído; y sus miradas continúan clavándose en mí con curiosidad, mezclada de repulsión y de vituperio. Existe, por otra parte, esta actitud mía, inexplicable para ella. Nuestra sangre fría, nuestra serenidad ante el dolor, son incomprensibles para los orientales, que todo lo expresan con alaridos.

El silencio se hace glacial, cual si las capas de aire se congelasen entre nosotros. Y sobre la casa enrejada, en la mísera y ex-

traña habitación, el crepúsculo va tendiendo sus sombras, y a través de las espesas celosías de madera que velan las ventanas, sólo penetra una vaga claridad incolora. Cae la noche rápidamente y por momentos, cual si, a nuestras espaldas, fuesen tendiéndose uno a uno y con rapidez, densos velos de crespón.

Era aquí en esta triste morada y a esta hora de desolación, donde debía yo recibir el golpe final.

No sé cuántos segundos, cuántos minutos permanezco sin hablar, sentado entre estas dos mujeres, una de las cuales, llora.

La hermana de Achmet, atenta a las leyes de la hospitalidad, me sirve una tacita de café, que bebo lentamente, siempre en medio de mi aparente tranquilidad. Dentro de mí, en las profundas regiones del pensamiento y del recuerdo, reina una turbación y una clase de indecisa fantasmagoría, como entre sueños. Experimento la impresión de asistir a derrumbamientos en el abismo. Cosas que estaban encima, caen una tras otra fundiéndose, destruyéndose. Llamados ruidos imaginarios, acompañan a estas caídas; después se extinguen, se callan, cuando todo ha caído y reina el si-

lencio, cuando ya no queda nada; silencio tan lúgubre por fuera, como por dentro.

La hermana de Achmet no sabe dónde ha sido enterrada Aziyadé. Ante la insistencia de mis preguntas, sólo responde esto, fríamente.—Pero—me dice—Kadidjá, la negra, que aún vive, es seguro que lo sabe. Si tengo empeño, ella misma irá mañana a preguntárselo, o a rogarle que me acompañe.

—¡Mañana!... ¡Oh, no, no! Esta misma noche... Ahora mismo...

Tras estos momentos de calma fúnebre, se apoderan de mí de nuevo la actividad y la inquietud del tiempo.

La anciana rehusa en el acto. ¡En casa de la negra, en el Viejo Estambul, conmigo y con la noche encima!... No,—dice—No es posible. No se atreverá a tanto.

Así como antes supliqué a la otra, ahora suplico a ésta. Y, a su vez, veo que se entenece. Pues bien, sí; irá. Pero sola. Prefiere ir sola. Irá a casa de Kadidjá a advertirle y a pedirle hora. Después, mañana por la mañana volverá a buscarla con un bote y me la acompañará a donde yo quiera.

He aquí nuestro plan para el día siguiente: A las ocho nos reuniremos en este lado

del Cuerno de Oro, en Kassim-Pacrá, en la plazoleta de Hadji-Alí. Yo traeré un carruaje al que subirán la armenia y la negra, que me guiarán cada una de ellas, hacia uno de los sepulcros, mientras que la hermana de Achmet, eclipsada siempre, volverá a encerrarse en su solitario hogar. Queda convenido, prometido, jurado... y descendemos los tres.

Mientras la hermana de Achmet se prepara para salir, intento interrogarla, pero resulta que no sabe casi nada de esto. Ha vivido siempre en el mayor aislamiento; no ha conocido pormenores precisos de la muerte de Aziyadé.—«Mañana; mañana nos lo dirá todo Kadidjá». Por pertenecer a aquella época, hojea un cuaderno con anotaciones escritas en turco. Se aproxima a la celosía de una ventana por la que penetra aún un poco de claridad y dice:

—«Veamos: Esto fué al terminar la primavera que precedió a la muerte de Achmet; el año 1397 de la hégira. Debe, pues, haber de esto, siete años y algunos meses». La anciana, sabe que el cadáver fué transportado de noche, casi clandestinamente; pero el viejo Abedín, su amo—muerto también el año último—mandó construir, no obstante, un sepulcro de mármol. Y es-